



**DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
GEOGRAFICA DE COLOMBIA EN LA SESION SOLEMNE
EFECTUADA EN EL OBSERVATORIO ASTRONOMICO
NACIONAL, PARA CONMEMORAR LAS BODAS DE ORO
DE LA CORPORACION**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 2 y 3, Volumen XI
Segundo y Tercer Trimestres de 1953*

La fundación de la Sociedad Geográfica de Colombia, el 20 de agosto de 1903, constituye un acontecimiento digno de gratitud y de memoria. Justo recuerdo merecen por ese y otros títulos ciudadanos el excelentísimo señor Don José Manuel Marroquín y el Doctor Antonio José Uribe, Ministro de Instrucción Pública, pues de su pensamiento nació la entidad a quien fue confiado el estudio de las cualidades naturales del país; y en ella se originaron muchas iniciativas individuales cuya esencia ha contribuido a fortalecer el nombre de Colombia.

Las Bodas de Oro de la Sociedad Geográfica permiten a la corporación enaltecer los nombres de quienes honraron su recinto en los primeros años. Fueron estos los patriotas y caballeros Don Julio Garavito, Don Ruperto Ferreira, Don Alfredo Vásquez Cobo, Don Delio Cifuentes, Don Ricardo Santamaría Hurtado, Don Rafael Álvarez Salas, Don Abel Bravo, Don Francisco Javier Vergara y Velasco, Don Miguel Triana, Don Santiago Cortés, Don Ricardo Lleras Codazzi, Don Justino Garavito, Don Francisco J. Casas, Don Julio Garzón Nieto y Don Enrique Morales.

Constituye una gloria para la Sociedad Geográfica haber sido fundada con motivo del primer

centenario del Observatorio Astronómico, pues de ella puede decirse en rigurosos términos que fue apadrinada por los sabios José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas, eslabones de la ciencia colocados dentro de la cadena de oro de la patria en los años postreros del Coloniaje y en los días iniciales de la Primera República.

Uno y otro pensaron a fondo en la necesidad de conocer las circunstancias geográficas del Nuevo Reino de Granada; el primero para enriquecer el imperio de la ciencia con las joyas propias de su naturaleza física; el segundo para exaltar con argumentos perceptibles la importancia del suelo nativo delante de todos aquellos que lo disfrutaban sin definirlo y sin amarlo. El biógrafo Don Federico Gredilla hace notar en diversos lugares de su obra el sentido universal de los trabajos de Mutis, ciudadano del mundo culto, cuyo corazón de sabio y de cristiano se contentó con el pequeño retazo del cielo y de la tierra que miraban sus ojos desde los Andes granadinos.

En cuanto a Caldas, todos conocemos la fina calidad de su inteligencia, los exquisitos quilates de su espíritu, el vuelo considerable de sus aspiraciones en favor de los tesoros patrios, pues cuando se puso en contacto con ellos, a través de la geología y la botánica, de la física y la astronomía, tuvo la intuición resplandeciente y vaga de los dones propios de una sociedad libre.

Insistimos en decirlo: fueron Mutis y Caldas quienes presidieron con su ilustre sombra los pasos primeros de la Sociedad Geográfica de Colombia, lo cual constituye no solamente la honra más alta de sus anales sino el compromiso de mayor entidad para ella. Sobre lo cual debemos decir, además, que estamos obligados hacia la Madre Patria, pues ésta nos dio con generoso ademán a Mutis e hizo posible el brillo de las faenas de Caldas en medio del reducido ambiente mediterráneo característico de nuestro siglo XVIII.

Ciertamente, no alcanzaron en la España de aquella época la actividad más próspera los trabajos geográficos y cartográficos cuya presencia nos halagaría hoy en grandísima proporción; pero es sorprendente el número de los hombres de ciencia a cuya consagración y pericia debió la monarquía lugar señalado entre los pueblos cultos de Europa. Porque no dispuso de copiosos maestros no se halló tampoco en posibilidad de disponer el traslado de algunos de ellos a sus colonias americanas, verdes con el verdor de la esmeralda en medio de las ondas del Mar Tenebroso.

En sentido estricto, el primero de los geógrafos y cartógrafos preocupados por la descripción de las tierras del occidente fue Cristóbal Colón, de quien se conserva *el Bosquejo de la costa noroeste de*

la Isla Española, uno de los documentos más venerables de la época. Dicho testimonio habrá de figurar siempre por derecho de nacimiento en toda codificación de la materia, y en sitio preferentísimo, por haber salido de las manos de quien salió. Así figura en la estupenda serie de *Mapas Españoles de América, de los siglos XV a XVII*, publicada en Madrid, bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia.

Nada importa que ignoremos las circunstancias fundamentales de Colón en el orden del linaje o en la categoría de los estudios definidos. Los orígenes de los hombres que han decorado a la especie humana con sus grandes virtudes o sus magnos hechos han sido tan simples y ordinarios como los de sus más humildes y desvalidos semejantes. Crecen éstos y mueren en la misma penumbra que les vio nacer, en tanto que los primeros prolongan su persona y su vida. Nada tiene de extraño que las huellas de quien luego fue marino y más tarde Almirante de las Indias, hayan sido tan vagas y tenues como las de cualquiera de los mozuelos que se entretienen saltando de barco en barco en los puertos que vemos brillar a las luces del sol que amanece o del crepúsculo que se apaga. La multitud de ellos apenas tiene significado en la hora fugaz de cada día, mientras uno solo adquiere verdes lauros y gloria que no se marchita.

Cristóbal Colón tiene, como tantos otros hombres eximios, una personalidad muchísimo más alta y dilatada que su personalidad terrena. Los catedráticos y navegantes distinguidos de su patria y de su tiempo le miraron muchas veces con desdén por lo incomprensible de sus iniciativas. Ninguno pudo sospechar sus dimensiones exactas en los años venturos, como tampoco pudieron adivinar los contemporáneos del descubrimiento de Guanhaní que esa pequeña puerta de tierra virgen daba entrada al aposento vastísimo del mundo americano.

Las cartas de Cristóbal Colón a los reyes de Castilla, para informarles acerca de sus hallazgos, constituyen también páginas memorables de la geografía del Nuevo Continente. Las mismas equivocaciones de que adolecen sus juicios agregan encanto a sus palabras emocionadas y nobles.

Juan de la Cosa, personaje sobresaliente de fines del siglo ocupa sitial destacado entre los maestros de la náutica. Su *Mapamundi*, trazado en 1500, precisamente al concluir el siglo de los descubrimientos, revela el incipiente balbuceo de la ciencia geográfica en sus relaciones con los mares nuevos y las islas desconocidas.

Otros nombres de entonces decoran el pasado de nuestros estudios. Andrés de Morales, autor de un mapa de la famosa Isla Española que fue centro de las exploraciones de Colón y de sus

preferencias espirituales, figura con fecha de 1509. Veinte años adelante Diego Ribeiro, y en la etapa de 1536 a 1542 Alonso de Santa Cruz, contribuyen con sus dibujos a la difusión del conocimiento de América. Pedro de Medina elabora un *Mapamundi* para llamar de nuevo la atención de los navegantes interesados en los viajes maravillosos; Diego Palomino alude a tierras peruanas en una carta de 1549; y Gaspar Asencio a las del Anáhuac vigoroso, en 1580.

Diego Dávila Brizeño, Juan Martínez y Juan Bautista Antonelli cierran el cuadro de los cartógrafos mayores del siglo dentro de la preocupación americana. Tanto los reyes como los cortesanos estaban igualmente a ciegas sobre la importancia, extensión y cualidades del Nuevo Mundo, pues algunas líneas adelante observaremos cuán vacilantes fueron los pasos de la ciencia geográfica universal en lo atinente al significado de aquél.

Juan de Oliva, Luis Enríquez y Juan López de Velasco inician el siglo XVI, americano con sus trabajos descriptivos. Entre tanto, los cronistas de Indias han dado a conocer mil cosas maravillosas, no siempre ciertas, a propósito de las regiones colmadas de misterios y de leyendas halladas en lugares no visitados por el Almirante un siglo atrás. Américo Vespucio había dado el ejemplo necesario a todos, por medio de su libro *Cuatro Navegaciones*, impreso en la villa francesa de St. Dié, en 1507, es decir, a los quince años del primer viaje de Colón. Después de él, muchos otros escritores prestarían servicio eminente a la geografía del Orbe Nuevo.

En esta agrupación figuraron Pedro Mártir de Almería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro de Cieza de León, José Gumilla, Gonzalo Jiménez de Quesada, Juan de Castellanos, Pedro de Aguado, Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita, Alonso de Zamora, y tantos otros igualmente deseosos de llevar a conocimiento de los europeos la descripción de los países y las costumbres de los hombres recién descubiertos. Sobre lo cual conviene advertir: de ordinario suelen ser consultados tales cronistas para seguir los pasos de los conquistadores, cuando en realidad su mérito es mayor como narradores de la tierra, del ambiente y de la naturaleza física, y supera en ocasiones la cuantía de lo geográfico a la fidelidad de lo histórico, dentro de sus bosquejos maravillosos.

Cuánto dijeron entonces los nombres americanos a los exploradores deslumbrados! Guanhaní, Cuba, Lucayas; Jamaica, Yucatán, Brasil; Guatemala, Chile, Perú... Todo ello invitaba a los unos al descubrimiento, a los otros a la evangelización ambicionada por Castilla, a los terceros a la curiosidad minuciosa de donde arrancan las grandes adquisiciones científicas.

La cartografía americana tuvo desde los comienzos del siglo XVII, servidores espléndidos: Ruy Díaz de Guzmán, el Licenciado Antonio Moreno, el religioso Fray Baltasar de Medina, Alfonso Pérez, Sebastián de Ruesta y el célebre doctor Juan Ramón, cuya mano delineó partes notables de la antigua provincia del Río de la Plata y sitios circundantes.

Carlos Sigüenza y Góngora, Pablo Beaumont, Armando de Arce y Juan Martínez colaboraron en las faenas cartográficas de fines del siglo XVII, relativas a las Indias Occidentales, y fueron antecesores beneméritos de quienes elevaron sus métodos durante el siglo XVII, bajo los gobiernos virreinales de México y Santafé, Lima y Buenos Aires. Ya para entonces ocupaban plano apenas incidental las Antillas de Barlovento y Sotavento, la española, la Isabela, Puerto Rico, los Bacalaos, Cuba y Jamaica; y los geógrafos se detenían en la Tierra Firme, dada su importancia fundamental dentro del imperio español, tanto para narrarla en los libros como para describirla en los mapas. La Florida, el Labrador y el Golfo de Paria, Yucatán y Honduras, el Brasil y Panamá, el Río de la Plata, el Estrecho de Magallanes y el Río Magdalena, las tierras paraguayas y las australes hasta la del Fuego, todo entró a formar parte de las preocupaciones y ocupaciones de los geógrafos anhelosos de servir con eficacia los intereses de la Corona.

Mención especial es preciso hacer de los trabajos de Juan López de Velasco, pues de su mano quedan las cartas relativas a las Indias Occidentales, en general; a las regiones del norte americano, México, Santo Domingo, Guatemala, Panamá, Nueva Granada, Quito, Lima, Chile, la provincia de los Quijos y las tierras de Magallanes, la Nueva Francia, Terranova, la Nueva Bretaña, y el Tucumán, en términos de la actual República Argentina. Más laborioso que otros de su época, o más afortunado, Juan López de Velasco figura hoy con honor entre los cartógrafos de mayor entidad.

La verdad es que al empezar el año de 1653, en pleno siglo XVII, aún los geógrafos ignoraban si el Nuevo Mundo confinaba con Europa y Asia, o si era simplemente una isla. Así lo manifiesta el célebre cosmógrafo Jan Janson, en Ámsterdam, al presentar a Europa su *Nuevo Atlas o Teatro* de todo el mundo.

* * *

La Expedición Botánica, esencialmente vinculada a los orígenes de Colombia, fue la más ambiciosa de las aspiraciones enderezadas al conocimiento físico de ella. Don José Celestino Mutis y el Sabio Francisco José de Caldas hicieron de dicha Expedición un núcleo de faenas igualmente beneficioso desde el ángulo de las conveniencias monárquicas y desde el punto de vista de las necesidades

patrias, A pocos pasos hacia el oriente, partiendo del sitio en donde estamos congregados ahora, la amplia casa de la Expedición Botánica abrió sus puertas claveteadas a quienes, con los próceres anteriormente citados, buscaron en el conocimiento del suelo las razones profundas de la república futura. Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, Sinforoso Mutis, Francisco Javier Matiz, Jorge Tadeo Lozano, Pedro Fermín de Vargas, entre otros, acudieron a los austeros salones de la antigua mansión a conversar con gravedad sobre las cualidades generales del país en donde habían nacido. Precisamente en uno de los ángulos de la huerta contigua a la casa edificaron este Observatorio, desde cuya azotea miraron aquellos hombres de ciencia la marcha de las constelaciones que presidieron con su luz el nacimiento de Colombia.

La corte española no fue sorda a las solicitudes de Mutis, aunque bien sabemos cuán retardada estuvo en atenderle. Finalmente, en 1783, el botánico a quien estudiaron antes y estudian ahora muy reputados historiadores y científicos, vio satisfechos sus primeros deseos. La edificación del Observatorio Astronómico, concluida en momento feliz, permitió a Caldas entregarse a su servicio directo, y en esa ocupación lo halló el 20 de julio de 1810.

Para todos los corazones colombianos resulta memorable el 20 de agosto de 1803, puesto que hace ciento cincuenta años quedó colocada, a favor de esta casa, una de las piedras sillares de la cultura cuya posesión nos enorgullece y magnifica.

Según declara uno de los pequeños almanaques de Caldas, calculado para el año de 1812, entonces desempeñaba nuestro noble Sabio payanés la dirección del Observatorio Astronómico. Lo cual quiere decir que para nuestros próceres resultó importante la continuación de las tareas iniciadas en 1783, y digna de respeto la presencia del austero hombre de análisis cuyos títulos delante de la patria fueron motivo suficiente para su sacrificio en 1816.

Pues resultaría excesivo dentro de las proporciones de este discurso, no nos detenemos a hablar sobre las vinculaciones de la Expedición Botánica de Mutis con los viajes del Barón de Humboldt, de La Condamine y de Bonpland, igualmente anhelosas del conocimiento de América. No ignora ninguno de mis oyentes el relato de aquellas peregrinaciones, arduas en extremo por circunstancias materiales, valiosas sin comparación por razones científicas, ricas en dones del entendimiento por sus cualidades intrínsecas relacionadas con la naturaleza del Nuevo Mundo, fundamentales para la creación de la libertad y de sus principios tutelares y magnos.

Hace poco más de un siglo fue decretada la Comisión Corográfica, favorecida por el presidente José

Hilario López y realizada por el coronel Agustín Codazzi, Pon Manuel María Paz, Don Manuel Ancízar, Don Ramón Guerra Azuola, Don Santiago Pérez, Don Lorenzo Codazzi, Don José Triana, Don Carmelo Fernández y Don Enrique Price. Es ocioso insistir en que dicha Comisión Corográfica vino a ser continuación de las actividades de la Expedición Botánica, pues no ignoramos que la historia de todas las actividades culturales de mayor contextura en la Nueva Granada tuvieron en este última sus orígenes e impulsos iniciales. La historia de la geografía en Colombia hubiera padecido grave mengua, si en ella no hubieran quedado registradas las sorprendentes realizaciones de aquellos desinteresados patricios. Si en los últimos lustros del siglo XVII, fue tan difícil el movimiento de los viajeros en el territorio granadino, como lo atestiguan los recuerdos de la Expedición Botánica, también para los comienzos de la segunda mitad de la pasada centuria, resultó laboriosísimo el empeño de conocer las regiones del norte del país. Todos sabemos que en las páginas de la "Peregrinación de Alpha" estampó el señor Ancízar sus impresiones y que ellas son significativas en el grado más alto para cuantos amamos el pasado, el presente y el futuro de la República.

Por entonces ella aplaudía con entusiasmo a un geógrafo de superiores capacidades: Don Felipe Pérez. Tan distinguido escritor tomó sobre sí el encargo de describir con mano diestra cada una de las regiones colombianas, de modo que su obra constituye una excelente codificación de los conocimientos de hace poco menos de un siglo acerca de las vastas provincias granadinas. Los rasgos generales de la obra de Don Felipe Pérez nos parecen semejantes a los que enaltecieron en los primeros días del presente siglo los diligentes escritos del general Francisco Javier Vergara y Velasco, uno de nuestros fundadores y maestros. Uno y otro, aquél y éste, como servidores de la geografía colombiana, merecen laude y veneración singulares.

Poco después de comenzado el siglo presente, dos buenos servidores de las letras y de la cultura de Colombia tomaron la iniciativa de favorecer los estudios geográficos en ella, adoptando como base la vocación individual y las aficiones de quienes eran adictos a la materia propuesta. Del esfuerzo personal habían brotado ya frutos de calidad tan excelente como los trabajos de Don Felipe Pérez, acabados de mencionar, y el *Diccionario Geográfico de los Estados Unidos de Colombia*, obra interesantísima de Don Joaquín Esguerra. Por otra parte, ya el general Francisco Javier Vergara y Velasco, siguiendo las huellas magníficas de Codazzi y Ancízar, había viajado largamente para escribir sobre datos recogidos por él mismo los extensos capítulos de su *Geografía de Colombia*, y procuraba con todas veras adquirir informaciones comprobatorias de los mapas elaborados por Don Manuel María Paz y sus cooperadores inmediatos.

Don José Manuel Marroquín y Don Antonio José Uribe, presidente de la república y ministro de instrucción, respectivamente, crearon entonces la Sociedad Geográfica de Colombia. Para hacerlo se valieron de una efemérides inolvidable para los colombianos: el primer centenario del Observatorio Astronómico Nacional, cuyos cimientos fueron fijados por la Expedición Botánica, según queda dicho. Y después de crear la corporación a quien amamos, dispuso la presencia en ella de los infatigables patriotas cuyos nombres han quedado grabados en mármol como testimonio de nuestro afecto y veneración.

Entidades análogas a ella, provenientes de la voluntad común, profundamente dignas de la gratitud ciudadana, vinieron luego. La Oficina de Longitudes, adscrita al despacho de la Cancillería, centralizó las adquisiciones más definidas en cuanto a las fronteras patrias. Diligentísimos ingenieros bien conocidos en esta atalaya de la sabiduría acudieron a dejar en la Oficina de Longitudes el resultado de sus vigiliias innumerables y de sus afanes minuciosos. Y como demostración extraordinaria de nuevas orientaciones, el Instituto Geográfico de Colombia, honrado hoy con el nombre augusto de Agustín Codazzi, surgió al conjuro de colombianos tan doctos como Belisario Ruiz Wilches, con quien tiene contraída el país una deuda de proporciones cuantiosas. Como enjambre de abejas acuciosas, allí colaboran todos los días, al lado de José Ignacio Ruiz, muchos caballeros expertos en el dibujo topográfico y la cartografía, peritos en cada uno de los trabajos enderezados a dotar a Colombia de mapas igualmente precisos en la descripción y la ejecución.

Con lo cual la nación de hoy avanza con firme movimiento en el camino emprendido hace ya muchos decenios por los geógrafos Talledo, Ulloa, Fidalgo y Arévalo, José Aparicio Morata, Jiménez Donoso, Carlos Cabrer, Francisco Javier Caro, López y Martínez Portillo. Ciertamente que la geografía no fue en los tiempos de la dominación española la más favorecida de las empresas públicas, pero en ella tuvieron comienzo en realidad los grandes objetivos de los días iniciales de Colombia la Grande y de la Tercera República.

Por los especialistas han sido recordados en ocasiones repetidas los nombres de cuantos contribuyeron, desde los días de Caldas y Humboldt, de José Manuel Restrepo y José Lanz, de Boursingault y de Rivero, de Joaquín Acosta y Tomás Cipriano de Mosquera, a preparar las descripciones del territorio que nos fue dado por los fundadores de Colombia como legado magnífico de riqueza y de gloria. A todos ellos vaya en esta hora, lo mismo que a los numerosos investigadores de la realidad del país, aquel sentimiento superior al tiempo y al espacio que une los afanes del presente con la faena silenciosa llevada a término por los hombres que en el pasado

buscaron la ciencia y la verdad.

Ya que no ha sido posible recoger en este discurso los nombres de todos ellos, singularmente de los recientes y más doctos, valga el significado de los homenajes cumplidos en esta fecha, para glorificar lo que fueron.

Señores: nos ha reunido aquí la conmemoración de dos acontecimientos significativos y puros: la erección de este aposento dirigido hacia el cielo, y la fundación de la entidad que debe ocuparse en los estudios tocantes al medio y al hombre de Colombia. Sea esa doble circunstancia un acicate vigoroso para que nuestras miradas jamás pierdan de vista lo trascendental de las alturas ni el blando paisaje de la tierra que amamos.

Manuel José Forero

